# CAPITULO X

## La soledad es amor de Dios. Diversas clases de solitarios y su formación

Muy conocidas son las vehementes palabras con que San Jerónimo exhorta a Heliodoro para que, por muy doloroso que se le haga, lo deje todo, hasta los más caros amores, y huya a refugiarse en el desierto.

No todos aprobarán las palabras de San Jerónimo, y mucho menos como con frecuencia se las cita, sin expresar bien el concepto del Santo ni el sentido con que las dijo. Son palabras muy fuertes. Y San Jerónimo no vivía en total soledad, ni abandonó sus estudios, con los cuales estaba en relación continua con los hombres más eminentes del cristianismo de su tiempo. Su vida se desarrollaba en un convento, en vida cenobítica o de comunidad. No vivía completamente solo ni en la soledad material; pero vivía alejado de lo mundano y apartado de la sociedad.

Hubo solitarios que pasaron los muchos años

de su vida completamente solos. Tales fueron San Pablo el Ermitaño, San Onofre y Santa Tais, para no citar nada más que tres muy conocidos. Desde que se retiraron al desierto no tuvieron contacto ni relación con los hombres; otros como San Antonio, San Macario, San Pacomio, San Hilarión, vivieron durante muchos años solos en los desiertos, sin relación con los hombres, pero Dios descubrió con milagros esas almas escogidas que hacían vida de ángeles, para que fueran luz del mundo, y muchos hombres buenos corrieron a verlos y les tomaron por guías espirituales.

Ya leímos de San Antonio cómo asaltaron la choza en que vivía para verle y oírle. Al principio fueron pocos los que se pusieron bajo esta dirección, pero luego llegaron a miles las almas que le seguían y acompañaban, oían sus instrucciones y le tenían por modelo; por modo parecido se reunieron también millares de solitarios siguiendo y obedeciendo a San Pacomio en Egipto y a San Hilarión en Asia. Eran los Padres y Directores de todos y fueron los Padres del cenobismo, sin que por ello dejaran de ser solitarios ni de vivir en soledad.

Casiano, a quien podemos llamar el primero y el mejor historiador de los solitarios y de la vida del yermo, nos describe en sus *Colaciones* o Conferencias la vida que hacían, y nos señala

la diferencia que había de unos solitarios a otros.

Hubo solitarios que buscaron la soledad para estar completamente sin compañía de ningún hombre, y estos solitarios fueron los menos; ni empezaba su vida solitaria por este total apartamiento. Vivían antes en compañía de otras almas retiradas y consagradas a Dios, bajo la dirección y obediencia del que llamaban Abad; vivían lejos y libres de todo negocio y preocupación, muertos a lo social, pero nunca ociosos; el trabajo fue siempre una ley necesaria de los desiertos; porque donde se vive en el ocio, no se adelanta en las virtudes y muy pronto se caerá en grandes defectos; porque se ha de obedecer al precepto del Señor que nos impuso el trabajo. Vivían o en Comunidad, en un edificio pobre, o en cuevas o cabañas aisladas, pero muy cercanas las unas de las otras, y se reunían todos los días o frecuentemente en días señalados; allí recibían la instrucción y formación y asistían al santo sacrificio.

La Regla de los Carmelitas supone esta vida y manda que todos los días concurran al oratorio a oír la misa y los domingos tengan también su especial instrucción y corrección de faltas o Capítulo conventual.

Llamaban oratorio al lugar común para orar, no ermita como hoy decimos; porque ermita era

la pequeña y pobre habitación, cabaña o cueva donde vivía el ermitaño.

En el tiempo de mayor rigor y esplendor de los yermos, acudían los domingos San Arsenio y San Macario, y como ellos todos los demás, que eran muchísimos y vivían próximos entre sí, al oratorio a la celebración de los misterios del Señor, como denominaban la Santa Misa, y escuchaban las instrucciones del Abad sacerdote o más venerable y a quien miraban como padre de todos, volviendo a sus cuevecitas con el cántaro de agua para la semana y el material necesario para el trabajo.

Hoy la Iglesia no permite ni aprueba la vida totalmente solitaria.

En las reuniones, y en el trato de los días más señalados, en los que tenían sus conferencias y su rato de expansión, se formaban en la vida interior, se instruían en doctrina y en la vida espiritual, y recibían las órdenes de obediencia y los consejos de los Padres, que los guiaban hacia la perfección. De estas santas reuniones salían más encendidos en ansias de amar y servir a Dios, y con mayores deseos de vivir en todo para Dios muertos al mundo, muertos a su mismo amor propio, y ofrecidos a Dios como alabanza y como víctimas expiatorias por todos los hombres. Formaban la *Iglesia pura y hermosa, que oraba y expiaba;* alcanzaban gracias especialísimas

del cielo para sus almas y para las almas de sus hermanos, enviando luces del cielo sobre la sociedad, con las cuales se convertían los hombres.

Cuando estos solitarios sentían mayores fervores y más intensos impulsos de hacer algo especial por amor de Dios, se retiraban temporalmente y con obediencia, a un más lejano apartamiento y mayor incomunicación, en más áspera y penitente vida y más continua y perseverante oración.

* * *

Otros de los llamados solitarios escogían vivir en soledad, pero en un edificio común, pobre, grande, pues se reunían a veces miles para esta vida penitente común. Eran grandes comunidades, las cuales guardaban casi perpetuo silencio, enclavadas en lugares apartados y solitarios, donde se llevaba una vida pobre y austerísima. No dejaban de vivir en soledad, aun cuando en compañía de muchos que tenían el mismo fin de estar completamente consagrados a Dios, sin tratar nada con el mundo ni del mundo, y guardando, como digo, casi ininterrumpido silencio.

Se llamaban monjes, y el edificio, monasterio. No se dedicaban al apostolado externo, o trato espiritual con los del mundo, sino en casos ex-

cepcionales de persecución religiosa o herejías, como hicieron San Afraates, San Esteban el Mozo y tantos otros. Cuando estas comunidades se implantaron en Occidente, se dieron más al apostolado externo y trato espiritual con las gentes, y este apostolado externo se aumentó y organizó más, al aparecer las Ordenes mendicantes, que transformaron las comunidades solitarias.

Para vivir la vida santa necesitaban los solitarios estar bien formados en la vida espiritual, en la doctrina de la Iglesia y en el conocimiento de las virtudes. No era esto fácil en aquellos tiempos, por la dificultad que se tenía para adquirir libros. Un libro era un tesoro. Pero los Padres y Abades estaban bien formados en doctrina espiritual y en las Sagradas letras.

Pocos de los que acudían buscando la santidad y perfección tenían otra cosa que algunas virtudes y grandes deseos de perfección. Necesitaban la formación de los Abades, para salir de la ignorancia y de los modos rústicos y adquirir delicadeza espiritual y segura y sana doctrina. Necesitaban instruirse para que el gran deseo que llevaban no degenerarse en obstinación o terquedad, sino que se convirtiera en heroísmo de fortaleza y perseverancia, pero obediente y suave, envuelto en la delicadeza y dulzura de la caridad fraterna.

Cuando con el tiempo, decayó esta sólida formación, vino la muerte de los desiertos; dejaron de florecer las virtudes en aquellos arenales y se eclipsaron los soles de santidad, que allí habían brillado. El muy crecido número ocasionó, quizás, la falta de formación; y la falta de delicadeza y mansedumbre trajo la falta de vida espiritual y, con esta pérdida, faltaron las vocaciones y vino la muerte del desierto. Lo mismo que ha sucedido y sucede siempre en todas las órdenes religiosas. Cuando falta en ellas la santidad, sobran en la Iglesia, porque la sal ha perdido su sabor.

San Agustín nos transmite, antes que Casiano, algo de la vida que hacían los solitarios en comunidad, más que los solitarios aislados, y nos habla del crecido número y del modo de instruirse y formarse, y escribe de los que en su tiempo vivían y él conocía:

«No diré nada de esos santos varones, de quienes vengo hablando, que se ocultan muy reiteradamente a todas las miradas de los hombres y se contentan con un pedazo de pan solamente, que de tiempo en tiempo les llevan, y con un sorbo de agua; viven en tierras deshabitadas por completo y gozan de sus coloquios con Dios, a quien están unidos por la gran pureza de sus almas, y se consideran bienaventurados contemplando la infinita hermosura de Dios, que sólo la inteligencia de los santos puede conocer...

»Ninguno tiene nada propio, ninguno es gravoso a otro. Trabajan con sus manos, con lo cual adquieren lo suficiente para su alimento, y su atención no necesita distraerse en nada de mirar a Dios. Entregan su trabajo a los monjes, que llaman *decanos,* porque han sido puestos al frente de diez, y éstos lo entregan al que llaman Padre, Estos Padres sobresalen de entre los demás no sólo por la santidad de sus costumbres, sino *por la maravillosa doctrina que tienen...*

»Al atardecer de cada día vienen de sus pobrecicas viviendas a reunirse, estando aún en ayunas, para escuchar a aquel su Padre, y se reúnen junto a cada uno de estos Padres por lo menos *tres mil hombres,* pues hay reuniones mucho más numerosas bajo la dirección e instrucción de uno» (1).

Pero la soledad y el apartamiento, como el silencio, como la penitencia misma, eran, y son siempre, medios para conseguir el desprendimiento y despego de los bienes y de las personas, para alcanzar la paz y la quietud en la atención amorosa y continua al Señor Dios, ya sea en la oración, ya en la presencia de Dios, durante todos los actos del día; por estos me-

---

(1) *Divi Augustini Opera. De Moribus Ecclesiae Catholicae.* T. I, capítulo XXXI. Parisiis, 1575.

Hace aquí referencia San Agustín a la grande abstinencia que guardaban los solitarios. Tuve un tiempo curiosidad por averiguar cuánto era su alimento diario, y Casiano nos lo dice: habla de alimentarse exclusivamente a pan y agua, como ahora decimos, y era allí ordinario: «La regla que después de mucha experiencia pusieron los Padres, fue: dos panecillos, solos, sin otro aditamento al día; uno a las tres y el otro a la noche; entre los dos pesaban una libra». (Casiano).

dios y virtudes llega el alma a vivir la santidad, a realizar todas las obras por amor divino y al perfecto desarrollo de la vida interior.

La soledad es vivir en Dios, y para Dios totalmente, y en todas las actividades de la persona; es un saber el alma que está envuelta y sumergida en la clarísima luz divina y que es brasa y llama de su hoguera de amor.

La soledad es actual, consciente, y un no interrumpido ofrecimiento a Dios como víctima y holocausto de agradecimiento y expiación, de súplica y de alabanza por sí mismo y por todos los hombres, en compañía de los santos y de los ángeles. Es la compañía del alma a Dios y de Dios al alma, en comunicación de amor.

El alma que se ofrece a Dios de toda verdad, que es amarle de todo corazón, y se cobija en Dios viviendo en El y para El, y en la hoguera de su amor, recibe la floración más esplendorosa y más bella de todas las virtudes; se hace jardín colmado de todas las esencias y hermosuras espirituales y vaso de gozo de Dios; esta alma es enriquecida con las virtudes perfectas y entona constantemente el cántico jubiloso de amor a Dios, en cuya presencia vive; ha alcanzado la perfección y la plenitud de la vida interior; está en Dios, vive de Dios y en Dios.

En llegar a este fin está el gozo, y la satisfacción y regocijo de la soledad.

# CAPITULO XI

## La soledad santa es el reino de los cielos, según Casiano

Verdad ciertísima es que cuantos con vocación se retiraron a la soledad, sólo buscaban a Dios y llegar a la unión de amor con El, venciendo al mundo, al demonio y a sí mismos, no sólo en la concupiscencia y soberbia de los ojos, sino en el amor propio, más difícil aún de vencer que los otros enemigos, porque le llevamos metido en nosotros mismos.

Dios amor, Dios sabiduría, Dios hermosura infinita, Dios Sumo Bien, es el ideal del alma. Y toda esa riqueza infinita es para el alma y el alma es para tan soberana y atrayente realidad. ¿No ha de repetir llena de gozo, *Dios mío y todas las cosas?* ¿Dios mío y para mí y yo toda para Vos y para siempre? La soledad se convierte en cielo lleno de gozo y los angeles se asocian al alma en el gozo.

Casiano lo hace resaltar en el principio de sus *Colaciones* o conferencias. Nos dice el principal

fin de su visita al Abad Moisés, lo que le preguntó al Abad cuando le saludó, y la respuesta del Abad:

«Determiné marchar al desierto de Escete... con el ánimo de tratar con el Abad Moisés, que se aventajaba a las demás flores vivas de aquel yermo así en la vida activa como en la contemplativa... Le dijo el Abad:

»Nuestra profesión de monjes tiene su propio blanco y fin, por cuyo motivo pasamos no sólo sin cansarnos, pero aún de muy buena gana, por todos los trabajos que se nos ofrecen. Este hace que no nos apene el hambre de los ayunos, que nos sea gustoso el cansancio de las vigilias, que nunca nos enfade la continua lección y meditación de las Sagradas Escrituras, que llevemos con mucha alegría el trabajo ordinario, desnudez y privación de comodidades temporales y que no nos cause horror esta soledad (1).

»Pregunta el Abad a Casiano: "¿Cuál es el fin que os movió a venir aquí?"... Le respondimos que *para alcanzar el reino de Dios.* Y añadió él: "Sentado que el fin del religioso es alcanzar el reino de Dios y ser participante de los bienes que en él se encierran..., el medio esencial para conseguir ese fin es la pureza del corazón..., sin la cual no puede llegar a poseerse."

»El deseo de esta pureza nos hace sufrir las incomodidades y ejercitarnos en las virtudes. Por su amor, y con el intento de conservarla siempre, hemos dejado los padres,

---

(1) *Collationes Patrum, Opus Joannis Eremitae, qui et Cassianus dicitur.* Lugduni, 1576. *Collat I,* Cap. I et II; JUAN CASIANO: *Conferencias de los Padres del Yermo de Escete.* Traducción del R. P. MIGUEL VICENTE DE LAS CUEVAS. El desierto de Escete fue uno de los más rigurosos y de los más célebres y en el que brillaron los más nombrados solitarios. Estaba en Egipto. Véase también *De Institutione coenobiorum Origine et remedio vitiorum, libri XII,* del mismo CASIANO.

deudos, dignidades, riquezas y entretenimientos mundanos...

»... En cuantas cosas habemos de desear y de hacer, hemos de tener por fin la perfección, quietud y pureza del corazón. Por amor de ésta hemos de abrazar la soledad, continuar los ayunos, perseverar en las vigilias, sufrir la desnudez y trabajos, ejercitarnos en las santas lecturas y demás virtudes.

»... Los piadosos ejercicios han de servir de medios para preparar el corazón y conservarlo puro y limpio de todas las pasiones desordenadas, procurando subir por estos grados a la perfección de la caridad.

»En resolución: cualquier cosa que pueda turbar la pureza y tranquilidad de nuestro corazón, por útil y necesaria que parezca, se ha de tener por dañina.

»Este ha de ser nuestro principal cuidado, y la intención fija de nuestro corazón habemos de ordenarla a que siempre esté empleada en la contemplación de Dios o de cosas divinas o devotas. Todo lo que de este blanco desdice se ha de tener por menos principal» (2).

Los solitarios y los desiertos fueron de verdad, en especial los solitarios cenobitas, el principio y el modelo de las órdenes religiosas, que han existido y existen en la Iglesia santa, como volveremos a recordar. Ellos cumplieron con perfección heroica el texto del Santo Evangelio: *si quieres ser perfecto...*, y todo lo dejaron para ser perfectos y vivir totalmente en Dios y para Dios. No quisieron que su corazón se contami-

---

(2) JUAN CASIANO: *Conferencias,* I. Caps. III al VIII.

nara con nada ni poner la atención en otra cosa que no fuera Dios, ni aun se dedicaron al apostolado activo externo de las almas.

La variada actividad de las distintas órdenes religiosas ha venido con el correr de los tiempos, y según las necesidades y circunstancias de las naciones; pero el ideal de perfección ha de ser el mismo: el despego del corazón y la pobreza real evangélica. El vacío de las potencias y la aspiración al amor de Dios han de ser los mismos, porque ni la vida espiritual, ni el evangelio, han variado ni variarán, y para que Dios llene el corazón y tome posesión del alma ha de estar vacía y libre de las cosas terrenas. Probablemente los solitarios primeros estaban enlazados con los antiguos esenios de la Escritura, ya convertidos al cristianismo.

Nada nos dice Casiano en esta Conferencia del contento que en la soledad se vivía, pero se deduce sabiendo lo que escribe San Pablo, *que el reino de Dios es paz, justicia y gozo en el Espíritu Santo* (3).

---

(3) *A los Romanos,* 1-14, 17.

## CAPITULO XII

### La soledad y la perfección en Juan de Jerusalén

Los solitarios, fueran anacoretas, fueran cenobitas, iban a sus desiertos o a sus retirados conventos *a buscar el reino de los cielos.*

Este reino de los cielos, que se busca, es ciertamente la salvación, la entrada en la gloria después de haber vivido una vida santa y de haber tenido una muerte santa como la vida.

Este *reino de los cielos, que está dentro de nosotros,* como nos dijo el Señor (1), y que se goza en esta vida sobre la tierra, es la vida espiritual, lo que llamamos *la vida interior,* vida de amor de Dios, vida de virtudes, vida santa; Dios está amorosísimo viviendo como dueño y como Padre amantísimo en el alma ofrecida y haciendo sentir sus efectos inefables de dueño y de Padre, no sólo por las virtudes bien florecidas y hermosas, ni sólo por el corazón limpio, puro e inflamado, sino por un amor encendido sobre-

(1) Luc.: XVII, 21.

manera con la presencia divina actualizada por fe viva y con efectos maravillosos e inexplicables, que el Señor hacía y hace largamente en estos corazones, efectos muy semejantes a aquellos dulcísimos, que en el cielo sientan las almas ya gloriosas de los bienaventurados, como premio especial hecho en la tierra al alma, por haberlo dejado todo por Dios.

No sólo se ocupaba el Señor de proveerlos de lo indispensable material, por haber confiado en su palabra y buscarle a El solo, ya que *al que busca el reino de Dios y su justicia, lo demás se le dará por añadidura* (2), sino que les regala con lo que nada del mundo, ni aún de lo soñado, puede tener comparación.

El reino de los cielos y el Criador del reino de los cielos mismos, estaba en medio de ellos.

Tan regalado y dulce es vivir la perfección evangélica.

No hubo otro fin menos noble que este de conseguir la salvación y la perfección en los solitarios, que se retiraban de la sociedad y marchaban a la soledad y a vivir en terrenos inhabitados y casi inhabitables.

Pero poquísimos solitarios vivieron completamente solos durante mucho tiempo.

Vivían unidos, vacíos, para Dios sólo, despre-

(2) MATH.: VII, 33.

ocupados de lo que acontecía entre los hombres y de la marcha de las naciones, pero con un amor entrañable entre sí, amándose en Dios como a sí mismos, y muchos se guarecían en una celdica aislada y pobrísima, cercana a las de sus hermanos los solitarios, en las que trabajaban, oraban y obedecían sumisos a un Superior o Abad.

Si Casiano dice que iban al desierto para buscar ese reino de los cielos, un autor contemporáneo suyo escribía otro libro singular, no tan conocido ni leído como *Las Colaciones,* pero donde se detalla también el fin de la soledad y los medios que conducían a la perfección.

Juan, obispo de Jerusalén, o el que fuese el autor de *Institución de los primeros monjes* (3), detalla el fin de la vida eremítica, bien fuera de aislamiento, o más bien de convivencia próxima y bajo obediencia, lejos de las ciudades, como se desprende de su libro. Ni quita importancia a la

---

(3) *D. Joannis, Quadragesimi Quarti Episcopi Hierosolymitani, De Institutiones Primorum Monachorum in Lege veteri exortorum et in nova perseverantium, Ad Caprasium, Monachum, Liber.* Columna 1241 a 1291 del t. IX. Bibliotheca Veterum Patrum, Parisiis MDXXXIX.

(Como digo en el texto, nada debilita las reflexiones que hace, basado en la experiencia, el que se discuta quién escribió este libro y cuándo. Si no fue en el año 412, sí fue antes de 1150, y encierra magnífica doctrina diciendo que escribe según la experiencia de lo que vivían. Lástima que no se haya traducido al castellano para leerlo en vez de discutirlo, como se ha hecho.

Ya se imprimió en español en Avila el año 1959.)

doctrina el que se haya escrito algunos siglos más tarde, pues recoge la idea y el fin que tenían todos los que se retiraban al desierto.

«El mismo Elías, atraído por el ideal de la divina contemplación y con el anhelo de adquirir la perfección, se marchó lejos de las ciudades y, deshaciéndose de todas las cosas terrenas y mundanas, hizo el propósito de vivir, el primero entre todos los hombres, la vida profética y eremítica, y la empezó e instituyó guiado y enseñado por el Espíritu Santo.

»... En Elías se ve el modo de llegar a la perfección profética y el fin de la vida eremítica religiosa. Y se ve que el fin de esta vida es uno, y ayudados de la divina gracia, podemos alcanzarlo con nuestro esfuerzo y el ejercicio de las virtudes. Este fin es el *ofrecer a Dios* el corazón puro y limpio de toda mancha de pecado. A este fin llegamos cuando estamos ya perfectos en la caridad, o sea, escondidos en la misma caridad...

»El otro fin de esta vida eremítica es don de Dios completamente gratuito, que pone en el solitario, y es que no sólo después de la muerte, sino aún en esta vida mortal, deja gustar algún tanto a la voluntad e iluminar la inteligencia de la consolación de la divina presencia y de la dulcedumbre de la sobrenatural gloria...»

«Por esto mismo de haber escogido vivir en tierra desierta sin camino y sin agua, para presentarse de ese modo ante el Señor en santidad, o sea, con el corazón puro de todo pecado, enseña que el fin primero de esta vida en la soledad es ofrecer a Dios el corazón santo, o sea, puro de todo pecado actual...» (4).

«Tú, pues, hijo mío, si quieres ser perfecto y llegar a la

---

(4) JUAN DE JERUSALÉN: *De Institutione Primorum Monachorum*. Cap. II, coln. 1244.

esencia de la vida monástica, y en ella beber del Torrente (del gozo de Dios), *aléjate de aquí,* o sea, retírate de las riquezas caducas de este mundo, pero dejando por mí, de hecho y de corazón, todas tus posesiones terrenas y el poder tenerlas, porque el camino más fácil y más seguro para llegar a la perfección profética es éste...» (5).

«... Tú, pues, hijo mío, si quieres ser perfecto y llegar hasta el fin de la vida eremítica, y allí beber del Torrente, *vete contra el Oriente,* que es ir contra la natural concupiscencia de la carne y sus gustos» (6).

«Tú, pues, hijo mío, si quieres ser perfecto y llegar a lo perfecto de la vida monástica y solitaria, y allí beber del Torrente, *escóndete en el Torrente de Carit,* o sea, cuida en soledad escondida el silencio» (7).

«... Porque si amas algo más que a mí, es señal de que no me amas a mí con todo tu corazón ni estás en la perfecta caridad, y por lo mismo no eres aún digno de verme... Pero aún si amas alguna cosa tanto como a mí, todavía no me amas con todo tu corazón ni estás en la caridad perfecta. Pues si me amases con todo tu corazón antepondrías mi amor a todo lo que te fuera más amable y a ti mismo...

»...Además, que no debes amarte a ti mismo por ti mismo, sino por Dios, porque lo que se ama por sí, en ello se pone el término de la alegría y de la vida feliz que esperamos alcanzar. Pero ni en ti ni en hombre alguno debes poner la esperanza de la vida feliz... Pon, pues en Dios el término de tu alegría y tendrás la vida feliz... Por esto, si fijas bien tu atención, verás que debes amar a Dios por Sí mismo y a ti no por ti, sino por Dios, y

(5) Idem, íd.: Cap. III, coln. 1245.
(6) JUAN DE JERUSALÉN: *De Institutione Primorum Monachorum.* Cap. IV, coln. 1245.
(7) Idem íd.: Cap. V, coln. 1247.

estando obligado a amar al prójimo como a ti mismo, le debes en verdad amar no por él mismo, ni por ti, sino por Dios. ¿Y qué otra cosa es ésta sino amar a Dios en el prójimo?» (8).

Juan de Jerusalén muestra ser entusiasta de la vida solitaria y, como todos los santos que escribieron de la soledad, hace ver que la soledad no es el sitio solamente, aun cuando es de suma conveniencia; que la soledad no es vivir solo, pues trata de colonias de solitarios dirigidos por un Superior; la soledad verdadera es vivir retirado, pero desprendido de las cosas y vaciado de sí mismo y metido en medio de la caridad divina, envuelto y abrasado en el amor de Dios.

En la perfecta soledad, el alma es santa y participa maravillosamente del gozo de Dios y bebe del torrente de ese gozo divino; como recordábamos con Casiano, encuentra el reino de Dios dentro de sí misma. Es también, como escribió San Pablo, *paz, justicia y gozo en el Espíritu Santo* y muy superior a todo otro gozo, como explican los autores que lo gustaron, y entre muchos San Juan de la Cruz, del cual aduciremos algunos textos más adelante, para explicar mejor el gozo de las almas espirituales, que salieron de todas las cosas y de sí mismas viviendo en el vacío de la soledad con Dios sólo.

---

(8) Idem íd.: Cap. VI, coln. 1249. (Este pensamiento se lee también desarrollado en SAN AGUSTÍN: *De Trinitate,* lib. VIII, núm. 12.)

# CAPITULO XIII

## El gozo y la soledad en San Agustín

San Agustín gustaba de analizar el gozo de la felicidad de la vida eterna, sin dejar de aplicar hermosísimas verdades de filosofía y de teología a la causa productora del gozo de esta vida terrena, en cuanto puede participar de la eterna.

Porque la felicidad, ni es ni puede ser nada más que una: la eterna, la divina, y tanto cuanto se participe de Dios, de su amor, de su gracia y de su vida, se tendrá de felicidad creada, ya sea en la tierra, ya en la vida gloriosa del cielo. En la tierra no es posible, según la ley establecida por Dios, se dé la felicidad y dicha perfectas, pero tanto más perfecta será la felicidad en la tierra cuanto más se participe del amor de Dios y de la felicidad del mismo Dios.

«Tenemos solamente conocimiento de la felicidad, dice San Agustín, y queremos alcanzarla y poseerla.

»Esta es la vida bienaventurada o dichosa: gozarse de Ti, para Ti y por Ti. Esta es la felicidad y no hay otra. Pues la vida feliz es el gozo de la verdad... O lo que es lo

mismo: el gozo de Ti, que eres la verdad..., y el gozo de la verdad todos le quieren» (1).

Dios mismo es el que llama a la soledad. Secreta, pero fuertemente puso esa llamada suya en el corazón del solitario para que fuese a la soledad a dejarse llenar de Dios, vaciándose antes de sí mismo y de todas las cosas. Dios es la deleitable atracción.

Sea en la soledad total, sea en cualquier convento donde el alma se recoja para santificarse y ofrecerse a Dios, se ha de vaciar de sí, de sus apetitos, del deseo de comodidad y bienes de tierra, pues no entra el Señor a tomar posesión de un corazón con apegos o manchado. Dios atrae al alma limpia para limpiarla más.

«Mi atracción es mi amor, y soy conducido por la atracción adonde ella me conduce. Oh Dios mío, con tu don somos encendidos en amor y marchamos buscando y viviendo el amor. Somos inflamados y corremos hacia Ti, felicidad nuestra» (2).

Si soy atraído del amor de tierra, me hago yo mismo tierra, pero si me dejo llevar del amor de Dios y tengo obras de virtud, me hago cielo.

---

(1) San Agustín: *Confessionum...*, Lib. X, cap. XXII y XXIII.

(2) San Agustín: *Confessionum...*, Lib. XIII, cap. XI. Estas palabras están libremente traducidas. El latín es éste: *Pondus meum, amor meus; eo feror quocumque feror. Dono tuo accendimur et cursum ferimus. Inardescimus et imus.*

«Se busca, pues, a Dios por el deseo y atracción de la felicidad; poseer a Dios es ya la misma felicidad. Buscamos y seguimos a Dios, amándole; pero llegamos a poseerle, no haciéndonos completamente lo que El es, sino cuando nos acercamos y participamos de El, y cuando le tocamos por un modo maravilloso e intelectual, y cuando somos iluminados y abrazados por su verdad y santidad... Porque El es la luz por esencia, y nosotros somos iluminados por El mismo...

»*La naturaleza humana se hace semejante a Dios cuanto es posible, cuando se ofrece a Dios para ser iluminada y embellecida por El*» (3).

«Si buscamos qué cosa sea vivir bien, esto es, procurar vivir para conseguir la felicidad, este vivir será, en verdad, amar la virtud, amar la sabiduría y amar la verdad de todo corazón» (4).

«Porque si Dios es el *sumo bien* del hombre..., se deducirá con certeza que buscar el *sumo bien* es vivir bien o santamente; y que vivir bien no es otra cosa que... amar a Dios con todo el corazón» (5).

«Y si quieres librarte de la miseria, ama en ti todo esto mismo que quieres ser. Pues si deseas ser más y más, te acercarás a aquel que es el *Sumo Bien*... Y cuanto deseares ser más, tanto más desearás la vida eterna, y de tal manera procurarás formarte, que tus amores y afectos no sean temporales ni estén abrasados ni sellados con amores de cosas terrenas... El que desea ser, prueba estas cosas en lo que son y busca amar lo que nunca deja de ser... y se fortalece en el verdadero amor, y permanecerá seguro y

---

(3) SAN AGUSTÍN: *De Moribus Ecclesiae Catholicae.* Cap. XI y XII.
(4) Idem, íd.: Cap. XIII.
(5) Idem, íd.: Cap. XXV.

conseguirá aquel mismo ser, que quería ser cuando tenía miedo de no ser» (6).

Este deseo de ser y participar del Ser por esencia, que es el Ser infinito y el único que es por sí, y de quien reciben el ser todas las cosas que tienen existencia; este deseo, digo, es el del solitario; este santo y noble deseo, el más noble y más alto que puede tenerse ni concebirse, de ser iluminados y abrasados del *Amor* infinito en ansias de gozos puros de Dios, o sea, a solas con El y vacíos y alejados de apegos terrenos, es el que sintieron las almas grandes y los corazones limpios y puros en la soledad.

La soledad, iluminada con esta singular luz de Dios y embellecida con este soberano amor infinitamente más alto y delicado que todo otro amor que pueda soñarse, se transformaba en paraíso verdadero y vergel de delicias insospechadas, donde alegrías celestes envolvían las almas, y melodías de ángeles suspendían dulcemente el espíritu; donde Dios, con ternura de Padre Amantísimo, envolvía en gozo a los dichosos y sabios solitarios, voluntarios moradores de aquellos lugares estériles de frutos terrenos, casi inhabitables, pero riquísimos de consuelos de Dios, quien premiaba, ya aquí en

---

(6) Idem: *De Libero Arbitrio*. Lib. III, cap. VII.

la tierra, con gozo tan alto y luz tan deliciosa a los que lo habían dejado todo por El.

Dándoles el ciento por uno acá, les abrasaba en amor inmenso; después de bien purificados los metía en Sí mismo y en Su luz y los hacía suyos comunicándoles del torrente de Su felicidad.

San Agustín no fue solitario viviendo en soledad material; fue solitario en soledad espiritual y despego del corazón, y vio y admiró a los numerosos solitarios de tal modo que escribió: «Los sacerdotes y los clérigos viven donde se aprende a vivir; los solitarios —sean anacoretas o cenobitas— donde ya se vive bien» (7).

A la luz de las enseñanzas agustinianas se comprende todo lo recóndito y hermoso del vivir en la soledad santa y cómo los que de veras se retiran del mundo y renuncian a sus bienes encuentran la vida de Dios, con la cual nada hay comparable, y aun en la tierra como que palpan al mismo Dios.

Y si en el cielo constituye la felicidad gloriosa y completa vivir en Dios viéndole y gozándole, también cuantos le viven en la tierra, libres de obstáculos terrenos, participan más de Dios y se acercan más a la felicidad verdadera y reciben más luz y mayor gozo de Dios en el alma, en la

---

(7) San Agustín: *De Moribus Ecclesiae Catholicae.* Cap. XXXIII.

soledad y silencio, al recibir la delicadísima y subidísima comunicación divina.

Y esta vida santa de soledad es la que al mismo tiempo comunica mayor eficacia al apostolado externo.

## CAPITULO XIV

### Alabanzas de San Basilio a la soledad

Muy gozosos habían escogido voluntaria y resultamente vivir la penitente soledad cenobítica San Juan Crisóstomo y San Basilio Magno, hasta que el Señor les forzó a salir del retiro. Al Crisóstomo, mediante una enfermedad, para después levantarle a ser brillante lumbrera en una muy alta dignidad, y que fuera el primer orador-apóstol de la Grecia cristiana y su luz y guía durante muchos años. A San Basilio, por la obediencia, haciéndole obispo de Cesarea para defender la verdad, ilustrar las inteligencias, ser guía, sostén y luz de los espíritus, admirado por su ciencia y elocuencia y por su constante y fervoroso apostolado. Le conocemos por San Basilio el Grande.

Los dos salieron de la soledad, como tantos otros, como el Precursor del Señor, San Juan Bautista, donde se habían formado en la sólida e íntima vida espiritual, donde adquirieron virtudes heroicas, donde se hicieron brasa y llama

de amor de Dios para llevar luz y fuego de ese divino amor a las almas que vivían en las ciudades, y ser modelo admirable de santidad y de apóstoles desprendidos, inflamados, eficaces, que guiaban por los caminos de la virtud más firme y limpia a muchas almas contemporáneas suyas y de los tiempos futuros. Eran imanes de Dios, que levantaban las almas al cielo.

Porque la soledad santa es no sólo gozo de las almas que la viven, sino plantel de virtudes, hoguera de santidad, tesoro de pureza y de caridad, morada de ángeles penitentes que expían, academia de apóstoles que arrastran e inflaman en deseos de virtud y de cielo, luz de la Iglesia para la conversión del mundo.

En la soledad se ofrecen esas inapreciables víctimas puras y penitentes, que orando sin cesar a Dios, son el sostén de la virtud y se inmolan por la salvación de las almas.

* * *

Pocos han alabado la soledad con el entusiasmo y calor de San Basilio. Había escogido para morada de su vida la soledad; en aquel silencio, maestro de las más altas verdades y de la más convincente elocuencia, formó su espíritu; en la soledad dejó su corazón cuando la obediencia le

sacó y no podía ni olvidarla, ni dejar de amarla, ni callar sus alabanzas.

Muchos de sus elogios se encuentran, casi con sus mismas frases, en escritores posteriores, y no pienso las tomaran de él, sino que lo sentían en su alma, como lo sentía San Basilio, y les brotaba del corazón la alabanza con el mismo entusiasmo y forma parecida como brotan alrededor de todas las fuentes, hierbas y florecillas semejantes.

Porque no necesitaba San Bernardo, en su rico y abundante vocabulario y fogoso estilo, copiar frases de San Basilio; pero en la homilía dedicada a las alabanzas de la soledad leemos ejemplos y hasta oraciones como los escritos por San Basilio, casi todos tomados de la Sagrada Escritura, fuente común y maestra de todos, o de la vida de Jesús y de Nuestra Señora, como narran los Evangelios.

San Basilio prefiere la soledad cenobítica, o sea, la soledad en compañía de almas consagradas a vivir la perfección evangélica en silencio, en retiro y lejos de las ciudades y trato de los hombres y negocios del mundo. Nos dice que conviene la unión con los que procuran el mismo fin y por los mismos medios, y juzga más difícil y aun peligrosa la soledad total, sin compañía de nadie, pocas veces vivida, como ya hemos dicho. No dice sea menos perfecta, sino

más difícil para el hombre, que necesita formación y prueba y ser esforzado y animado y consolado en sus luchas y dificultades (1). La Iglesia ha confirmado su doctrina y prohibido actualmente esta soledad absoluta.

Pero su entusiasmo por la soledad es tan grande y tantas las alabanzas que la dedica, que un discurso destinado todo entero a ese fin, hoy nos resulta casi pesado. He aquí algo de lo que escribe:

«La vida solitaria es la escuela de celestial doctrina y el libro para aprender las artes divinas... Porque el Desierto es el paraíso de delicias, donde las flores, en variadísima belleza, y las fragantes y admirables rosas exhalan sus gratísimos y suaves aromas...

»¡Oh desierto, gozo deleitable de los entendimientos santos e inexhausta dulzura del gusto interior del alma!... ¡Oh celda, almacén de los negocios del cielo... Tú haces que el hombre vuelva a la santidad y belleza de su origen... Tú enseñas al hombre a subir al alcázar de la inteligencia y, allí fortalecido, vea pasar como si nada fuesen todas las cosas terrenas que hay debajo de él!... ¡Oh desierto, muerte de los vicios y con verdad vida y calor de las virtudes!

»La Escritura Divina se complace en exaltarte y los profetas se llenan de admiración al hablar de ti, y cuantos han llegado a vivir la perfección, llegaron por ti y reconocieron tu gloria...

(1) San Basilio: *Divi Basilii Caesareae... Archiepiscopi... Omnia... Opera. Regularum fusius disputatarum liber.* Interrogatio VII, páginas 393-96, Parisiis, 1603.

»¡Oh vida eremítica, baño donde se limpian todas las almas, muerte de todos los crímenes, purificación de todas las manchas!...» (2).

Y como se entusiasma con las albanzas al desierto en general, manifiesta su admiración y su amor en particular a la pequeñita y pobre celdilla donde el solitario ordinariamente vive y se santifica, como lo haría más tarde San Bernardo.

Porque la celda es el lugar del retiro y de la vida de divino amor, es el rinconcito acogedor e inolvidable donde se inmola y se hace penitencia, es el continuo oratorio donde se ama y se encuentra al Amado, es la antesala del cielo, donde sólo se tiene puesta la mirada y el corazón en Dios, amor infinitamente glorioso, cuyo abrazo se espera, y es también la palestra donde se sufrieron las pruebas y se adquirieron los méritos para la gloria; celda, por eso, tan recordada y presente a su espíritu como lo más estimado de la vida solitaria cenobítica que había vivido y no podía olvidar.

«La celda es testigo (de las virtudes)... La celda es el instrumento (de la santificación)... La celda es semejante a la sepultura del Señor, porque recibe a los que están

---

(2) San Basilio: Idem, íd., *Salutare et eruditum opus de laude solitariae vitae,* págs. 512-514.

muertos por el pecado y, mediante el aliento del Espíritu Santo, les da la vida de la gracia.

»Tú eres, oh celda, sepulcro de la salud de toda malevolencia del alma dañada y la cura cierta de toda llaga del hombre interior... El que vive en ti se levanta sobre sí mismo, porque el alma, que tiene hambre de Dios, se levanta por la contemplación sobre las cosas terrenas y se asegura en el alcázar de la divina luz...

»Oh celda, morada totalmente espiritual; tú, de los soberbios haces humildes; de los glotones, sobrios, y transformas a los crueles en compasivos y a los iracundos, en mansos; tú haces que los dominados por el odio se abrasen en caridad... Tú guías a los hombres hasta la cima de la santidad y levantas hasta la cúspide de la perfección...

»... Los buenos te aman y cuantos de ti huyen se encuentran privados de la luz sin poder distinguir dónde han de poner los pies.

»Oh desierto, refugio feliz del mundo perseguidor, descanso de los trabajados, consuelo de los tristes, agradable refrigerio del calor pasional del siglo, preservación y apartamiento del pecado, retiro de los cuerpos y santa libertad de las almas...

»Oh desierto, palacio seguro contra el demonio, donde están las celdillas de los monjes como las ordenadas tiendas de los ejércitos preparados.

»... Oh vida eremítica, vida santa, vida angélica, oh bienaventurada vida, vivero de almas escogidas, sala de celestiales piedras preciosas, asamblea de los venerables senadores del cielo. Tu fragancia supera la de todos los perfumes, tu dulzura sobre la suavísima que destilan los dulces panales de las abejas y suaviza y regala la garganta del corazón, más que las apetecidas mieles.

»Y por esto cuantas alabanzas se dicen de ti, ni aun se acercan a la grandeza y hermosura de lo que tú eres; por-

que no es posible haya lengua humana que pueda expresar lo que de ti siente nuestra alma sin que puedan percibirlo los sentidos. Y el sabor dulcísimo que tú pones en el delicado secreto del alma y en lo íntimo de la ilusión del corazón, no se puede expresar en manera alguna con palabras de los labios... Cuantos han llegado a conocerte, son atraídos por el encanto de tu amor.

»Todos los que descansan en el suave calor de tus brazos de amor, conocen la verdad de las alabanzas que te dirijo.

»Pero los que no se conocen a sí mismos, ¿cómo podrán gloriarse de que te conocen a ti?

»Tampoco yo soy capaz de hacer una digna alabanza de ti, lo confieso aun cuando en ti he vivido. Pero esto sé ciertamente, oh vida ya bienaventurada, y esto afirmo sin ninguna duda: Cuantos han cuidado diligentemente de perseverar viviendo en tu amor, todos quieren ser siempre moradores tuyos y Dios ha puesto su inefable morada en su alma.

»El demonio, que arremete furioso con muchas tentaciones contra el que vive en la soledad, gime desesperado su derrota, porque ve al solitario puesto en el lugar dichoso del cual fue él arrojado en el cielo. Y al vencedor de los demonios le transforma Dios en compañero de los ángeles y al desterrado del mundo le da la herencia del paraíso. El que se negó a sí mismo, acompañó a Jesucristo y el que fue siguiendo sus pisadas, terminado el camino fue introducido en su gloria» (3).

No se enfrió el corazón de San Basilio en el amor a la soledad cuando trabajaba en el apos-

---

(3) San Basilio: *Divi Basilii Caesareae... Archiepiscopi... Omnia... Opera. Salutare et eruditum opus de laude solitariae vitae,* págs. 512-514, edc. Parisiis, 1603.

tolado siendo Obispo muy querido y admirado de sus fieles; antes parece que la misma actividad del apostolado, obligación de su cargo, activaba el recuerdo y la nostalgia de la soledad, de donde le habían sacado y ya no podía gozar más, abrazando y contentándose con la soledad espiritual, el desprendimiento del alma y la intensa presencia de Dios y vida de oración. Su vida era amor y santo recuerdo de lo vivido, que se lo pinta presente y lo canta con alabanzas tan ardientes. Su corazón y su alma toda salían de la diócesis y volaban a la soledad completa, espiritual y material, y allí se abrazaba con Cristo y se sumergía en la luz de la divinidad.

## CAPITULO XV

### La soledad en Occidente. Alabanzas de San Euquerio

Floreció la santa soledad, como vemos por la Historia, con mayor hermosura que en tiempo alguno, en los siglos IV, V y VI, hasta después de la invasión de los vándalos.

Numerosas personas de todos los estados y posición social, ricos y pobres, sabios e ignorantes, jóvenes y ancianos, buscaban con anhelo vivir vida tan admirable y santa; dejaban sus puestos privados o públicos, renunciaban sus bienes, pocos o muchos, y huían a la soledad, a vivir en pobreza, escondidos en la luz y en el amor de Dios, confiados en su divina Providencia, según lo enseñan y aconsejan las palabras de Jesús en el Evangelio.

Unos, los menos, preferían vivir esta vida solitaria, penitente y recogida, de modo eremítico, en total soledad, sin contacto ni trato con los hombres, para que nada pudiera impedirles estar en la continua mirada a Dios, en lo duro y

áspero de los arenales estériles del Africa o del Asia Menor.

Otros, la inmensa mayoría, escogían vivir en lugares muy apartados de la sociedad humana, también en los desiertos arenales, estériles y casi inhabitables, pero en vida común, ordinariamente en grandes comunidades o reuniones de hombres, todos consagrados a Dios en tan heroica y santa vida, en silencio, en la más grande y alegre pobreza, en oración y penitencia, formándose y estimulándose al amor de Dios, y con ejercicios de sólidas y extraordinarias virtudes, como nos dice San Agustín de su tiempo.

Toda su aspiración y esfuerzo era estar unidos a Dios y como abrasados en su amor; y para el mantenimiento corporal se ayudaban con un sencillo trabajo y confiaban en la Providencia del Señor, prometida por Jesús en el Evangelio, pues nunca este amantísimo Padre faltó hasta en los pequeños detalles a los que confiadamente se entregan a El.

La vida de los solitarios en los desiertos era un continuo y palpable milagro de la divina Providencia, como lo es en la actualidad la de muchos conventos, que confían en Dios. Aun lo sobrante de lo que adquirían con los trabajos que realizaban, lo daban de limosna a los pobres. El ansia y avaricia de pedir vino más

tarde, cuando decreció el amor de Dios y el espíritu de mortificación. La falta de confianza en el Señor hizo su presencia cuando se desearon casas lujosas y renombre de mundo. Dios no es el fomentador ni del lujo ni del regalo en el mundo, y condenó la codicia.

Y no sólo eran los hombres de voluntad firme y corazón limpio quienes escogían esa vida dura y santa en apartadas soledades; también una muy numerosa multitud de mujeres, con heroísmo y abnegación mayor que el de los hombres y en santa emulación con ellos, escogieron esa misma vida en los desiertos. Las mujeres, con muy pocas excepciones, siempre vivían en comunidad en número bastante crecido, pero fuera de las ciudades, en silencio, recogidas en Dios, en pobreza, con vida muy austera, sin trato con la sociedad. Eran verdaderos oasis de la religión en el mundo.

Esa vida de soledad fue evolucionando lentamente, y más en Europa.

No eran los solitarios algo estéril e inútil para la sociedad ni para la Iglesia en orden al apostolado. De las soledades tan sobrenaturalmente santificadas nacían los rayos más hermosos de luz espiritual, que iluminaban el mundo y convertían los pueblos paganos al cristianismo. Los bárbaros cuando invadieron las naciones civilizadas, fueron iluminados con esta luz y se

postraron ante Jesucristo, haciéndose cristianos. Era aquella conversión obra directa de Dios por la intercesión de las almas víctimas, puras, penitentes y orantes que tan heroicamente, en el silencio, pobreza y fervor de la soledad se le habían consagrado.

La oración y penitencia que allí se vivían eran amorosamente acogidas por el Señor, atraían las gracias del cielo sobre las almas y ablandaban y convertían los corazones. El amor de Dios que estas almas, sin darse cuenta, irradiaban desde sus lejanos y pobres retiros, iluminaba las inteligencias con la luz suave de la verdad e inflamaba los espíritus en deseos de una vida espiritual y sobrenatural, abrazando el cristianismo y las virtudes.

Y de la soledad salieron grandes apóstoles activos, que dieron esplendor a las prelacías de la Iglesia, admiraron el mundo con su doctrina y fueron misioneros abnegados entre las gentes. Abrasados en fuego de Dios, iban encendiendo el mundo en amor de Dios con la enseñanza del Evangelio.

Otras almas santas, deseando imitar a los solitarios de Africa y de Asia, pero con el carácter propio de Europa, buscaban por los valles o por los montes lugares apartados y muchas veces inaccesibles al paso humano para establecerse en ellos y hacer vida solitaria de penitencia y ora-

ción y continuo trato con Dios. Lejos del contacto del mundo y de sus ambiciones, habiendo dejado todos los bienes terrenos a los pobres, se consagraban totalmente a Dios, viviendo de su Providencia divina, ayudados del trabajo propio. Poco necesitaba la vida austera que llevaban y nunca Dios les faltó.

Estos lugares también recibieron muy frecuentemente el nombre de desiertos, no porque de hecho fueran arenales yermos como los de Africa, sino por la vida que hacían los que allí se retiraban, muy semejante a la vida de los desiertos africanos.

Unas veces empezaba viviendo uno solo, retirado, incomunicado; pero Dios manifestaba aquella santidad al mundo, y acudían otros muchos a ponerse bajo su dirección y a vivir su misma vida.

Otras veces empezaban varios juntos, retirados igualmente de la sociedad, unidos con el mismo espíritu de pobreza, de oración, de inmolación y deseos de santidad y atenta mirada a Dios, y a ellos se unían otros muchos. Eran solitarios que seguían la tradición de los de Oriente, la continuación de aquella vida, pero un tanto cambiados y adaptados al ambiente de Europa, y viviendo no ya en arenales yermos, sino en parajes retirados y que continuaron llamándose desiertos, aun cuando tuvieran no pocas veces la

belleza y fertilidad de un paraíso; pero la vida, la mortificación y la santidad eran como las de los desiertos primitivos y verdaderos.

El fin de estas almas era la santificación, *vender todo lo que tenían, darlo a los pobres* y seguir e imitar a Cristo como en los yermos.

Eran la savia y la vida oculta de la Iglesia; constituían la Iglesia santa orante y expiante.

Nunca se extinguió la vida solitaria en la Iglesia del Señor, ni nunca se extinguirá, como nunca se ha interrumpido ni se interrumpirá el apostolado activo externo. Sí, se fue trasladando a Occidente y tomando una vitalidad que nunca había conocido, y fue —lo veremos— el dichoso semillero y vivero de todas las órdenes religiosas.

Así nacieron los benedictinos, así los cartujos, órdenes que llegaron hasta nuestros mismos días y perduran en toda su lozanía y hermosura. Del mismo Oriente vinieron los carmelitas y se conservan. Esa vida solitaria, santa, dio siempre una realidad sobrenatural, hermosísima y atrayente a la vida interior, enseñando a vivir muertos al mundo, pero con sobreabundante y gozosísima vida de amor divino en también gozosa unión de amor fraterno.

Ni se terminaron los entusiastas encomiadores y admiradores de tan delicada y santa vida. Siempre la soledad, como la vida interior,

tuvo delicados cantores que hicieron resaltar su belleza.

Casiano fue uno de los lazos que unió la vida de santidad del Asia y del Africa a la de Europa, y como él lo fue San Euquerio, contemporáneo suyo. Adaptaron la vida de los desiertos a los monasterios solitarios de Europa.

San Euquerio vive en santo gozo y fervor la vida solitaria, ya totalmente cenobítica, del monasterio de Lerins, tan famoso en Occidente y donde multitud de monjes unidos se santificaron y alabaron a Dios durante siglos.

Cuando el mandato de la Iglesia le arranca de la soledad, nombrándole Obispo de Lyon, continúa añorando la soledad vivida y recordada y se deshace en alabanzas a tanto bien perdido, como lo había hecho San Basilio un siglo antes. Como él y como tantos santos, escribía con este entusiasmo:

3. «Diría yo que la soledad es el templo sin paredes ni límites, de nuestro Dios; porque sabiendo que el Señor habita en el silencio, es de creer que se goza en lo muy íntimo de cada uno. Muchas veces se mostró a los santos en el desierto.

4. »... Cuentan de uno que preguntaba a otro dónde juzgaba se encontraría mejor a Dios; recibió por respuesta que le siguiera en seguida a donde le guiase, y, marchando en su compañía, cuando se internaron en un dilatado desierto, mostrándole el silencioso recogimiento de la amplia soledad le dijo: *He aquí dónde está Dios.*

Y ciertamente allí se ve a Dios, donde más fácilmente se le encuentra... Húyase pues, a poner su morada en el desierto, el que desee vivir, porque el que vivió en el lugar de delicias, encontró la muerte...

13. »... El pueblo de Israel mereció ver el trono de Dios y oír su voz, cuando vivía en el desierto... Jesús en el desierto hizo el prodigio de alimentar a sus discípulos con milagroso pan.

28. »... No sin razón me atreveré a llamar a este vivir en el desierto, el trono de la fe, el arca donde se guarda la joya de la virtud, el sagrario de la caridad, el tesoro de la piedad, el estrado de la justicia...

29. »... En el tiempo antiguo del Viejo Testamento, la Divina Providencia manifestó especialísima atención en alimentar al pueblo en el desierto, pero no deja de manifestarla menor en el tiempo presente. Porque cuando ahora está proporcionando alimento abundante a cuantos han abrazado vivir en el desierto por medios inusitados y milagrosos ¿qué otra cosa hace sino, como entonces, enviar el alimento del cielo?... Entonces dio el Señor el alimento a todo su pueblo durante cuarenta años en el desierto, y ahora alimenta a estos solitarios no cuarenta años, sino mientras el tiempo existiere...

33. »... Y pregunto yo: ¿Dónde puede verse que los hombres se entreguen a estar con Dios y a experimentar cuán dulce y suave es el Señor más que en el desierto? ¿Dónde puede presentarse un camino más claro y breve para los que buscan la perfección? ¿Dónde puede encontrarse un campo más amplio y preparado para cultivar las virtudes? ¿Dónde puede estar más segura de peligro la imaginación, aun mirando cuanto la rodea? ¿Dónde puede estar el corazón más libre de todo cuidado y apego para estar continuamente unido a Dios, que en aquellos lugares no habitados y aun ignorados de los hombres, en

los cuales no sólo es facilísimo encontrar a Dios, sino también guardarle en lo íntimo del alma?

36. »... En verdad que el desierto es lámpara espiritual que da luz a todo el mundo y está colocada en el candelabro del desierto; desde aquí envía sus rayos luminosos a todas las regiones.

37. »... Para los que tienen sed de Dios, ¡cuán sumamente agradables son aquellas soledades, sin camino alguno, que están entre escondidos montes y espesos bosques! ¡Cuánta amenidad tienen aquellos escondidos lugares, que la Divina Providencia preparó lejos, en el silencio, para los que buscan a Cristo!

»Todo allí calla. Y en aquel misterioso silencio es cuando el espíritu, lleno de gozo y avivado por el mismo imponente misterio de tan callado silencio, se remonta sin estorbo hasta Dios y se deshace en inefables afectos de amor. No hay temor que sea interrumpido por ruido alguno u otra voz que la que está tan amorosamente hablando a Dios» (1).

---

(1) SAN EUQUERIO DE LYON: *Stus. Eucherius Lugdunensis Episcopus. De Laude Eremi.* Migne. P. L., t. 50, cols. 701-711.

# CAPITULO XVI

## La soledad y la novela de Barlaam y Josafat

Que la vida retirada en soledad santa, en oración y penitencia, y alguna vez, cuando era necesario, en apostolado, se consideraba como el ideal supremo de perfección; que esa vida de holocausto no sólo santificaba el alma, sino que ejercía también un apostolado altísimo y de la mayor eficacia, lo leemos gustosos en los autores de los primeros siglos que escribieron de la vida en los monasterios y yermos.

La Edad Media fue pródiga en leyendas sobre las verdades religiosas y la vida espiritual.

El infantilismo que hay en la naturaleza humana es el inspirador de las leyendas. Gustan los niños de las narraciones y cuentos y prestan más atención cuanto más extraños son; pero no menos gustan los mayores de las ilusiones de las leyendas o novelas. Nunca se han escrito tantas novelas como en la actualidad, y quizá nuestros sucesores escribirán aún más, pues la leyenda y el cuento han brotado en todos los países y gustan a todas las generaciones.

Se habla de la inclinación de los orientales a las narraciones inventadas y leyendas; pero si del Oriente vinieron muchos fundamentos de las leyendas, más novelas se escriben en el Occidente. Todos somos imaginativos y la afición a las novelas es inmensa en toda clase de edades.

Como en la vida real no se da un hombre que viva el ideal absoluto, se crea el personaje ficticio y en él se acumulan las cualidades del ideal y en sus labios se exponen las doctrinas que se pretende inculcar.

Así también se aplicó la novela para expresar toda la grandeza del ideal de perfección de la vida eremítica. Se trata en ella de virtudes, de santidad, de penitencias, de conversión de las almas; se trata de la sublime doctrina del cristianismo y de los carismas que Dios hace a las almas que se le consagraron.

Cuando termina de estar en la cumbre del esplendor la vida santa de los famosos yermos y empieza a declinar tanta hermosura y heroísmo; cuando pasa la vida monástica del Oriente al Occidente, con las modificaciones necesarias por el carácter y por el clima, se escribe la novela religiosa con una trascendencia inmensa, cuyo influjo duró siglos.

Es la novela de la exaltación de la santidad, del apostolado y del desierto. Siglos más tarde se volvería a escribir otra novela con el mismo

ideal de exaltar la santidad de la vida eremítica a la cima de la perfección. Raimundo Lulio pondrá, como veremos, toda su actividad y capacidad inmensa en cantar esta vida, quizás inspirado por lo que se llamó *Historia de Barlaam y Josafat,* no escrita, como entonces se creía, por San Juan Damasceno, pero muy digna de su pluma por la doctrina tan excelente que encierra tomada, en muchos capítulos, de los Santos Padres de la Iglesia San Gregorio Nacianceno, San Basilio, el mismo Damasceno y otros (1).

Durante siglos se ha tenido esta novela por verdadera historia, como puede leerse en el *Año Cristiano* o en las *Leyendas de Oro:* Es una magnífica novela religiosa doctrinal, con inmenso influjo en la literatura de los países cristianos de todo el mundo (2). Es no sólo la apología de la soledad y de los eremitas, pues los principales personajes son eremitas santos llenos de ciencia y de celo, sino también la apología de la doctrina católica en la exposición de sus dogmas y verdades y en la refutación precisa de las

---

(1) *Sancti Joannis Damasceni Opera multo quam umquam antehac aucta, magnaque ex parte nunc de integro conversa, per D. Jacobum Billium Prunoeum S. Michaelis in eremo Coenobiarca. De Barlaam et Josaphat Historia.* Folios 557 al 615. Parisiis, 1577.

(2) P. JUAN CROISSET: *Año Cristiano,* 27 de noviembre. Hace detallado estudio de esta novela y de su influencia MENÉNDEZ PELAYO: *Orígenes de la Novela.* Caps. II y III, t. I, 13 de las *Obras Completas.* Madrid, 1943. *Leyenda de Oro,* de Ribadeneira y el *Martirologio Romano,* 27 de noviembre.

falsas religiones y de las herejías expuestas en los atrayentes discursos de Barlaam y en los maravillosos de Josafat, los cuales convierten al cristianismo a cuantos hablan, persuadiéndoles con su ejemplo, con sus palabras y, más aún, con sus oraciones.

Fue compuesta por un monje solitario del monasterio de San Sabas, cerca de Jerusalén, a principios del siglo VII, y parece la más espléndida floración de los solitarios famosos del Oriente, al trasladarse a Occidente ante la inundación mahometana, que segó en aquellas regiones todas las flores del Señor.

Su argumento expone el fin sublime de la soledad, y cómo por vivirla, que es vivir en Dios, se dejó todo, bienes, familia, amigos, y se renuncia al trono para marchar a la soledad.

Abener, rey de una región de la India donde se desarrolla esta historia —tan historia como el *Quijote,* que nace en un lugar de la Mancha—, rey pagano e idólatra, es enemigo furibundo de los cristianos, contra los cuales ha dado el decreto de muerte y exterminio.

Pero Abener se considera desgraciado porque no tiene hijos. El principal y más influyente de sus sátrapas ha huido. Le manda buscar y le encuentra viviendo la vida de solitario. Al preguntarle por qué huyó, responde el sátrapa que lo dejó todo, ante el decreto de persecución, para

no apostatar, y se *fue a unir a los que buscaban a Dios,* fin de la soledad:

«Y buscando yo esta voluntad de Dios, abandoné todo lo demás y me uní a los que sentían el mismo ansia que yo y buscaban al mismo Dios.

»Entre ellos no existe rivalidad, ni envidia, ni tristeza ni las preocupaciones. Todos marchan juntos por el mismo camino para arribar a las moradas de la gloria que el Padre de las luces tiene preparadas para todos los que le amaron.

»A estos he tomado yo por padres y por hermanos; a estos por mis amigos y familiares.

»Mas de aquellos que en otro tiempo eran mis amigos o mis hermanos, me aparté y huí escogiendo vivir en la soledad esperando a Dios, *el cual me libró del abatimiento del ánimo y de la tempestad»* (Salmo 54, 9) (3).

En este tiempo el rey Abener tiene un hijo. Consulta a los adivinos o magos el porvenir del hijo, y le dicen que será muy grande rey de otro reino más alto.

El rey encomienda a Zardán la educación de su hijo, a quien pone en un palacio magnífico con todas las comodidades, encargando no le dejen ver ninguna cosa triste, ni de dolor, ni desagradable.

Josafat, pues así le han llamado, es de índole buenísima y de muy grande inteligencia. Dios comunica a un solitario sacerdote, muy santo y

---

(3) *De Barlaam et Josaphat Historia.* Cap. II.

sabio en las ciencias divinas y humanas y de un carácter agradabilísimo, las circunstancias en que se está educando Josafat, y, dejando la soledad, se capta la gracia de Zardán, y consigue el acceso para tratar con el príncipe. Josafat queda encantado del trato y de la manera de hablar de Barlaam.

Las circunstancias ayudan al celoso Barlaam hasta ser nombrado su Profesor y Maestro y le habla de la verdadera religión y de la resurrección de los cuerpos y de las verdades eternas. Josafat se compenetra de las verdades, se asimila todos los argumentos y se hace cristiano, y es bautizado por el mismo Barlaam. Continúa aún este santo y sabio solitario y le habla de la perfección de los que se consagran a Dios y de la vida solitaria que él ha tenido la gracia de vivir, la cual vida encierra la mayor seguridad y hermosura. Pero dejemos nos lo diga el monje Juan, autor de la novela y solitario:

«Vivía en aquellos días un monje solitario, muy sobresaliente en las ciencias divinas y humanas, dotado de una palabra maravillosa y de sumo encanto en su persona. Conocía perfectísimamente la vida de los monjes.

»No quiero decir dónde había nacido, ni de qué familia ni aún de qué nación procedía; tan sólo diré que vivía en una soledad de la región de Sanaar y había sido elevado a la dignidad del sacerdocio. Este santo anciano se llamaba Barlaam.

»Pues sabiendo este preclaro solitario, por revelación divina, el estado en que se encontraba el hijo del Rey, salió de la soledad y se fue a la ciudad» (4).

Cuando el príncipe está más contento con Barlaam y continúa aprendiendo de sus labios las razones, la verdad y la necesidad de vivir la religión cristiana, escucha con no menor agrado, encendiéndose con ello el corazón en amor, la fervorosa vida y doctrina de la soledad santa, que expone de la siguiente manera:

«Porque muy difícil es que uno ande con el fuego y ni siquiera sienta la molestia del humo. Pues del mismo modo es sobremanera difícil, que si uno está como atado con los lazos de los negocios de este mundo y se dedica a sus cuidados, a sus confusiones y a vivir entre riquezas y delicias, pueda marchar sin descaminarse por el camino de los mandamientos de Dios y conservarse puro e incólume...

»... Los solitarios pensaban y meditaban dentro de sí mismos esta verdad para poder presentar ante Dios el alma y el cuerpo limpios de toda mancha. Con esta determinación se disponían a quitarse de todas las ocasiones y afectos torcidos y a limpiarse de toda mancha en el alma y en el cuerpo.

»Y porque veían que esto sólo podían hacerlo viviendo los mandatos de Cristo y que era casi imposible vivirlos en medio del mundo, instituyeron para ellos un modo de vivir diferente en todo al modo de vivir del mundo, pero muy conforme al consejo divino, que les ordenaba dejar

---

(4) *De Barlaam et Josaphat Historia.* Cap. II.

todos los bienes que tuvieran, empezando por los padres o los hijos, por los amigos y parientes, y luego las riquezas y los regalos y que despreciaran todas las comodidades de este mundo y se marcharon a las soledades y establecieron en ellas su moradas, como si fueran unos deterrados, *vivían en necesidad, angustiados, afligidos. El mundo no era digno de estos hombres. Iban como perdidos por las soledades, por los montes, se recogían en las cuevas y cavernas de la tierra* (San Pablo a los hebreos, XI, 37, 38). Se alejaban de todas las alegrías y regocijos y hasta pasaban escasez en el pan y en su vestido.

»Dos causas les movieron a abrazar esta vida: una para que no viendo ninguna de las cosas que halagan el corazón, no sintieran ni aun tentación de ellas y se les borraran por completo de la memoria, y así limpios, crecieran en su alma el amor y los deseos de los bienes celestiales y divinos.

»La otra para ser mártires de deseo y de obra por la mortificación del cuerpo, y tener también la corona del martirio verdadero, pues en cuanto de ellos dependía, habían abrazado la pasión de Cristo y esperaban ser participantes de su reino.

»Pensando lo más cuerdamente el modo de conseguir esto, escogieron vivir la vida monástica y eremítica o solitaria.

»Y unos prefirieron mortificarse viviendo a la intemperie, sufriendo el rigor del sol y siendo molestados por los duros fríos y por las lluvias y por recios vientos.

»Otros vivían guareciéndose en chozas, por ellos construidas, o escondiéndose en cuevas y cavernas oscuras.»

Sigue Barlaam exponiendo a Josafat las duras penitencias que estos monjes hacían, comiendo poco y mal; muchos, de dos en dos días. Y le